

EL CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, VALIOSO INSTRUMENTO PARA LA EVANGELIZACIÓN

MANUEL DEL CAMPO GUILARTE
FACULTAD DE TEOLOGÍA "SAN DÁMASO"
MADRID

Son varios los motivos que hacen del *Catecismo de la Iglesia Católica* un valioso instrumento para la evangelización. En la reflexión que a continuación desarrollo destacaré dos: el primero centrado en la transmisión de la fe porque es base de la evangelización; el segundo en la profesión de la fe de la Iglesia, porque constituye la raíz y el fundamento de la evangelización.

I. LA TRANSMISIÓN DE LA FE, BASE DE LA EVANGELIZACIÓN.

Comienzo con una afirmación básica: el *Catecismo de la Iglesia Católica* recoge con fidelidad la forma eclesial de la transmisión de la fe; transmisión que es base y principio de la evangelización. En efecto, el *Catecismo de la Iglesia Católica* por hacer entrega de la fe de la Iglesia, exponer la verdad de la fe en su integridad al hombre de hoy, representa una aportación esencial a la evangelización, pues esa es la razón y meta de la misión evangelizadora de la Iglesia: transmitir la salvación.

El Evangelio que los Apóstoles recibieron de Cristo con el mandato de predicarlo se conservará siempre vivo y entero en la Iglesia (cf. DV 7), y será transmitido de generación en generación, porque Dios mantiene su iniciativa divina no sólo sobre el acontecimiento mismo de la revelación, sino también en la transmisión de la misma a lo largo de la historia. La misión de la Iglesia será hacer presente y entregar a los hombres el Evangelio de la vida; a su servicio, al servicio del acontecimiento de la revelación y de la salvación de Dios, estará la evangelización.

Y así, la Iglesia que ha sido constituida y organizada institucionalmente para transmitir la fe, actualiza en la historia la revelación de Dios, confesando la fe, celebrando la presencia salvífica de Dios y estableciendo la comunión filial y fraterna¹. Hacer presente la Palabra definitiva de Dios que es Cristo para que, lo mismo que sucedió en los testigos del resucitado (los apóstoles), pueda suceder siempre en los creyentes de todos los tiempos, he aquí el eje y el núcleo de toda acción evangelizadora.

Hoy en los inicios del tercer milenio el Papa nos invita a centrarnos en esta tarea y en esta convicción esencial que ha acompañado a la Iglesia durante dos milenios. No existe –nos dirá– “una fórmula mágica para los grandes desafíos de nuestro tiempo. No será una fórmula lo que nos salve sino una Persona... No se trata de inventar un programa nuevo para la Iglesia del tercer milenio. El programa ya existe, es el de siempre recogido por el Evangelio y la Tradición viva. Se centra en Cristo mismo al que hay que conocer, amar e imitar, para vivir en él la vida trinitaria y transformar con él la historia hasta su perfeccionamiento”².

Pues bien, el *Catecismo de la Iglesia Católica* está al servicio de esta transmisión de la fe. Más aún, es en sí mismo un acto de tradición, hace la entrega de lo que la Iglesia ha recibido: la realidad revelada que es Dios y su designio de salvación. El *Catecismo de la Iglesia Católica* hunde sus raíces en la revelación y la actualiza para nuestro tiempo. Lo dijo el Papa en el discurso de la presentación oficial del Catecismo con estas palabras: “El *Catecismo de la Iglesia Católica* es un instrumento cualificado y autorizado que los pastores de la Iglesia han querido les sirviera como ayuda válida en el cumplimiento de su misión, recibida de Cristo, de anunciar y testimoniar la ‘Buena Nueva’ a todos los hombres”³.

Este es el objeto del *Catecismo de la Iglesia Católica*: mostrar la identidad y la verdad de la fe, el patrimonio de la fe que le ha sido confiada a la Iglesia, hacerla presente y darla a conocer. Y en concreto, puesto que de un Catecismo se trata, hacer entrega del Evangelio y del símbolo de la fe al hombre de hoy, presentar la riqueza de la celebración litúrgica y sacramental y de la oración del Señor, hacer entrega de los principios, normas y testimonios de vida cristiana.

Por todo esto podemos afirmar, en primer lugar, que el *Catecismo de la Iglesia Católica* viene a reforzar una dimensión necesaria y básica de la

¹ Cf. DV 8.

² NMI 29.

³ 7-12- 1992.

evangelización, como es trabajar hoy por enseñar la verdad de la fe en toda su realidad e integridad, mostrar la armonía y coherencia interna del cuerpo de la fe, “la doctrina de la fe que es, como dice CT, la comunicación del misterio del Dios vivo”⁴.

Ahora bien, a causa de las actuales circunstancias culturales, en las que la verdad en sí y aun su propia búsqueda es puesta en cuestión, trabajar hoy por preservar la identidad de la fe, y en concreto la dimensión veritativa de la misma, constituye una importante dificultad para la Iglesia; y, sin embargo, se trata de un objetivo irrenunciable. Las concesiones al relativismo y al “concordismo” cultural en la enseñanza de la fe, en cualquiera de sus modalidades y expresiones, las propuestas que creen necesario atemperar y como “adaptar” hoy la verdad de la fe en su organicidad y sistematicidad conducirán sin duda a neutralizar el más generoso empeño evangelizador. ¿Acaso va a ser posible poner los fundamentos de la fe en nuestros bautizados o restaurar el tejido cristiano que ha quedado debilitado o tal vez deformado en no pocos... será posible hacer esto sin presentar la fe y acogerla en su identidad y en su verdad? ¿Acaso se logrará avanzar en la comprensión del misterio cristiano y adherirse de verdad a él, siguiendo los criterios que priman las instancias de la subjetividad y de los procedimientos, y renunciando a las fuentes y bases que conforman la identidad de la fe y su conocimiento?

No por casualidad las primeras palabras del *Catecismo de la Iglesia Católica*, como su frontispicio, serán éstas del evangelio de Juan: “Padre, esta es la vida eterna: que te conozcan a ti el único Dios verdadero y a tu enviado Jesucristo” (Jn 17,3). Porque la vida del hombre consiste en conocer y en amar a Dios.

No son los nuestros buenos tiempos para la verdad, para apostar y defender la verdad, sin embargo sólo la “Verdad nos hará libres” (Jn 8,32). Sólo la verdad que es Cristo nos salvará.

Pero hay algo más que merece ser destacado en el *Catecismo de la Iglesia Católica* en relación con la transmisión de la fe. Se trata de la propia estructura del mismo. Como es sabido, el *Catecismo de la Iglesia Católica* se presenta en cuatro partes: la profesión de la fe, la celebración del misterio cristiano, la vida en Cristo, la oración cristiana. Esta división no es casual ni es puramente académica. Es la estructura más acorde con la naturaleza misma de la transmisión de la fe por parte de la Iglesia, en concreto a través de la catequesis. Es la estructura que recoge con fidelidad la forma o pauta eclesial de la transmisión de la fe.

⁴ CT 7.

Ya en la Iglesia primitiva está presente esta forma y modo de transmitir la fe.

Está presente en la Iglesia apostólica y de ello dan testimonio los libros neotestamentarios. Recordemos, entre otros, el libro de los Hechos de los Apóstoles: “Perseveraban en la enseñanza de los apóstoles y en la unión fraterna, en la fracción del pan y en las oraciones” (Hch 2,42-43).

Igualmente esta forma de transmisión de la fe está presente en la catequesis de los Padres y, en general, en el desarrollo del Catecumenado primitivo. Analizando las obras catequéticas de este periodo vemos cómo la transmisión de la fe contiene una estructura básica que integra la enseñanza de la fe, la iniciación a la oración, la formación espiritual y de la vida cristiana, la formación litúrgica a través de la profundización en los misterios recibidos.

Esta herencia, referida a la forma eclesial de la transmisión de la fe se mantendrá viva, en sus elementos esenciales, a lo largo de las épocas posteriores.

De modo que el camino habitual abierto por la Iglesia o las vías catequéticas de acceso, pudiéramos decir, a la verdad de Dios, serán ordinariamente: el conocimiento del misterio de Dios y su plan de salvación, las acciones salvíficas de Dios en los sacramentos, la ley de la alianza, la oración del Señor. Y así, se llegará a considerar a estos elementos “piezas maestras” o “pilares” de la catequesis de la Iglesia. Y constituirán de hecho la trabazón y estructura de los grandes catecismos de la edad moderna.

Así lo afirman los autores del catecismo de Trento en el Prólogo de esta obra: “Acertadamente –escriben– los Padres de la Iglesia fueron los que decidieron resumir la amplia y compleja doctrina de la salvación contenida en la Sagrada Escritura en estas cuatro partes”. Y dirán que “la explicación de estos cuatro apartados o partes, síntesis fundamental de la revelación (*quasi conmmunibus sacrae scripturae locis*), proporcionará a los fieles el conocimiento de las principales verdades que deben conocer”. Y más adelante: “Siempre que los párrocos expliquen estos textos de la Sagrada Escritura sepan referirlos a la materia relativa contenida en estas cuatro secciones como fuentes fundamentales de la doctrina” (*universam scripturae vim et rationem*: fuentes o claves interpretativas de la Escritura).

Luego, según el catecismo de san Pío V, estas cuatro piezas o pilares han de entenderse como “lugares comunes de la Escritura” y “claves de interpretación de la Escritura”.

En resumen, pues: la Iglesia, el organismo vivo y responsable de la transmisión de la fe (organismo que Dios mismo ha creado y mantiene vivo para esto: ser testigo a lo largo de la historia de la Revelación de Dios) ejerce esta función que le es propia fijando los puntos cardinales de la enseñanza

de la fe, las 'piezas maestras' o 'pilares' de la transmisión de la fe. Pues bien, esta forma o pauta eclesial de la transmisión de la fe se recoge de modo patente en el *Catecismo de la Iglesia Católica* y diríamos que la recupera, para nuestro tiempo. Nos vincula en este sentido con la tradición de la Iglesia y nos señala hoy el camino para proponer la fe, para transmitir el único y perenne depósito de la fe.

Por eso, un Catecismo concebido y estructurado así, también nos interpela. Convocados por la Iglesia a transmitir hoy el acontecimiento de la salvación preservando la memoria profunda de la Iglesia, para que nuestros hermanos puedan tener a la Tradición viva y vincularse a ella, hemos de preguntarnos, si las distintas actividades a través de las cuales proclamamos y enseñamos la fe (la predicación, la enseñanza religiosa, la catequesis, la homilía, las actividades de formación...) se inspiran en esta forma eclesial de la transmisión de la fe, si la recogen de hecho y buscan en ella su orientación, para renovar a fondo y con solidez las tareas del ministerio de la Palabra. Hemos de preguntarnos, si nuestros planes y programas de educación de la fe tienen en cuenta este camino abierto por la Iglesia de todos los tiempos para acceder a la realidad de Dios, o si en virtud de enfoques, que creemos a nuestro juicio, más "oportunos", estamos abriendo otros caminos, que no acaban de proporcionar a nuestros bautizados luz y aliento para su renacimiento espiritual y moral. Si estamos trazando otros itinerarios incapaces de conjugar la unidad del misterio cristiano con la multiplicidad de las situaciones de los destinatarios.

Nuestro pueblo, aún absorbido por la complejidad (y también la banalidad) de nuestra sociedad, tiene sin embargo necesidad de aprender la sabiduría de la fe ("la fuerza y la salvación de Dios" [1Co 1,24]) para no verse a sí mismo en la indigencia más radical; tiene derecho a conocer la palabra de Dios tal como la Iglesia la profesa y la enseña.

II. LA PROFESIÓN DE LA FE DE LA IGLESIA Y LA EVANGELIZACIÓN

El *Catecismo de la Iglesia Católica* es también un valioso instrumento al servicio de la evangelización porque en su esencia es una proclamación de la fe y una exposición de la misma. Y es esto, la profesión de la fe, el testimonio de la fe, la raíz y el fundamento de la evangelización.

En su visita a España, en el año 1993, el papa Juan Pablo II decía a los obispos españoles: "La hora presente debe ser la hora del anuncio gozoso del Evangelio, la hora del renacimiento moral y espiritual... Ha llegado el momento de desplegar la acción pastoral de la Iglesia en toda su plenitud..."

La nueva evangelización necesita nuevos testigos, personas que hayan experimentado la transformación real de su vida en contacto con Jesucristo y sean capaces de transmitir esa experiencia a otros. Esta es la hora de Dios. Esta es la hora de renovar la vida interior de vuestras comunidades eclesiales y de emprender una fuerte acción pastoral y evangelizadora en el conjunto de la sociedad española”.

El Papa, una vez más, nos convoca e impulsa a una nueva evangelización. Pero sobre todo tiene cuidado en remitirnos a la raíz y fundamento de la misma, a la razón única que la hace posible: la fe en Jesucristo, la profesión de la fe en el sentido pleno y vivo de la misma. En la encíclica *Redemptoris Mater* hablará expresamente de este fundamento de la evangelización: “La misión universal de la Iglesia nace de la fe en Jesucristo... Sólo en la fe se comprende y se fundamenta la misión”⁵.

La comunión con Jesucristo, la proclamación de la fe en Jesucristo como Señor y Salvador único del hombre: he aquí el origen y la base de la evangelización. Sólo esta confesión induce a la evangelización. Y sin ella no será posible.

Fue la confesión de la fe la que movió a la primitiva iglesia a evangelizar. Sólo cuando pudieron afirmar “Jesús es el Señor” (el Hijo de Dios, nuestro Salvador) la Iglesia inició la tarea evangelizadora. Sólo entonces entendió y reconoció el sentido y la exigencia de la misión.

Y así será siempre: cuando esta verdad, (la realidad de la fe en Cristo), está en el corazón del cristiano, éste la anuncia; cuando esta realidad es el centro de nuestras comunidades cristianas, éstas lo proclaman. Sólo de un conocimiento vivo de Cristo, sólo cuando se vive la necesidad absoluta del Evangelio, brota el deseo y la necesidad de anunciarlo; y sin él, sin la fe en el Dios vivo y verdadero, no es posible evangelizar. Por eso el Papa, tan acertadamente, nos lo recordaba: “La nueva evangelización necesita nuevos testigos, personas que hayan experimentado la transformación real de su vida en contacto con Jesucristo y sean capaces de transmitir esa experiencia a otros”⁶. Pues bien, esto, la confesión de la fe de la Iglesia, es en el fondo el *Catecismo de la Iglesia Católica*. Esto quiso ser desde su origen: un testimonio de la fe que la Iglesia actual vive dentro de sí misma y la presentación de la misma.

En efecto, el *Catecismo de la Iglesia Católica* está concebido como una “exposición orgánica de toda la fe de la Iglesia” (18). De modo que en su

⁵ RM 4.

⁶ *Discurso a los miembros de la CEE* (1993).

planteamiento y en su composición no tiene una preocupación e interés apolo-gético o demostrativo; no argumenta al estilo de las obras teológicas; tam-poco está interesado en buscar concordancias y correlaciones con las situa-ciones humanas (no busca la significación de la fe en virtud de las situacio-nes y aspiraciones humanas); ni aún responde a las dificultades e interro-gantes que se pueden plantear hoy a la fe. Todo esto está de alguna manera presente, pero esto no es el centro. El Catecismo se centra en proclamar la fe, exponerla y proponerla al hombre de hoy. Presenta la fe, pudiéramos decir, en sí misma y la va desarrollando desde su propia lógica en su fuerza interna, que es la fuerza del testimonio de la salvación de Dios en Jesucristo, refrendado por la Iglesia.

Pudiéramos decir, pues, que el *Catecismo de la Iglesia Católica* es, ante todo, un testimonio de fe que busca promover la fe de quien es catequizado.

Presenta la fe que profesa la Iglesia a partir de la confesión bautismal. Seguirá en concreto en su elaboración el Símbolo de los Apóstoles (cf. n. 197). Es decir, el punto de arranque es el testimonio apostólico. Después, todo el Catecismo será un desarrollo (una *explanatio*) de este acto intensivo y originario de fe, para que, quienes hayan de ser catequizados, puedan llegar a profesar la fe bautismal de un modo personal, maduro y duradero. Así lo dice en el número 197: “Como en el día de nuestro bautismo, cuando toda nuestra vida fue confiada a la regla de la doctrina (cf. Rm 6,17) acoge-mos el Símbolo de esta fe nuestra que da la vida. Recitar con fe el credo es entrar en comunión con Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, es entrar también en comunión con toda la Iglesia que nos transmite la fe y en el seno de la cual creemos”.

Nace, pues, el *Catecismo de la Iglesia Católica* del mismo acto de fe, de la certeza interna de la fe de la Iglesia; presenta el don que funda, sustenta y finaliza el ser y la misión de la Iglesia; el don que profesa, celebra y vive, y el que da a conocer a todos los hombres, pues en él está la salvación.

Pues bien, cuando la fe cristiana en no pocos bautizados, a pesar de tan-tos esfuerzos formativos, se desdibuja o se fragmenta; cuando la rutina y aún el vacío espiritual invaden el interior de tantos hermanos nuestros o cuando la fe se va diluyendo... parece necesario volver a establecer los fundamentos objetivos de la fe, volver a recordar los acontecimientos básicos de la historia de la salvación y narrarlos de nuevo, recuperar las afirmaciones y conviccio-nes básicas de la fe que la Iglesia profesa. Parece necesario, en definitiva, que la Iglesia recurra a su fuente y a su centro: el acontecimiento de la sal-vación y la profesión explícita de esta fe.

En este contexto nace el *Catecismo de la Iglesia Católica*. Nace en una Iglesia que siente la necesidad de la evangelización, porque ésta es, como

diría el papa Pablo VI “su misión esencial, su dicha y vocación propia, su identidad más profunda”⁷. Nace de una Iglesia que se ve a sí misma urgida a renovar su empeño misionero para llevar a los hombres de hoy la buena noticia del Evangelio y piden no sólo que les hablemos de Cristo, sino que, como dice Juan Pablo II, se lo hagamos ver⁸.

El *Catecismo de la Iglesia Católica* quiere, pues, contribuir a impulsar y relanzar hoy la evangelización en nuestras comunidades y lo hace ofreciendo la fe que confiesa la Iglesia y el camino seguro para presentar esta fe. Así lo afirma el Papa en la Carta Apostólica *Laetamur Magnopere* por la que se aprueba la edición típica del *Catecismo de la Iglesia Católica*: “En esta presentación auténtica y sistemática de la fe y de la doctrina católica, la catequesis encontrará un camino plenamente seguro para presentar con renovado impulso a los hombres de nuestro tiempo el mensaje cristiano en todas y cada una de sus partes”. Sabemos que, ante todo, será la confesión de la fe la que revitalizará y renovará el vigor evangelizador en todos aquellos que lleguen a reconocerse en la misma experiencia de la fe de la Iglesia de todos los tiempos.

Sobre la evangelización hemos elaborado, en estos últimos años, numerosos planes, programas y proyectos... Hemos trabajado intensamente por renovar y vigorizar el ministerio de la Palabra; hacemos con frecuencia propuestas, manifiestos y discursos... Pero tal vez no logremos a pesar de tantos esfuerzos situar en el centro, poner nuestra mayor atención y cuidado en aquello que es lo primero y principal: la fe, la profesión de la fe.

El *Catecismo de la Iglesia Católica* nos está instando a esto, a trabajar, ante todo, por suscitar la fe y llegar a profesarla en toda su verdad; nos invita y nos llama a formar testigos de la fe.; nos dice que esto es el objetivo primero y por eso impulsa y recomienda claramente una catequesis que tiene como punto de partida la profesión de la fe y ha de tender como meta a la profesión de la fe por parte de los catequizandos, una catequesis de carácter catecumenal.

En este sentido el *Catecismo de la Iglesia Católica* nos interpela en relación con nuestros planteamientos y prácticas catequéticas. Decimos, ¡cómo no!, que la fe es lo primero y principal. Sin embargo, en la práctica, no logramos atender en toda su densidad y exigencia el servicio de la fe, antes y por encima de otros servicios, tal vez porque otras tareas y afanes nos ocupan. Otorgamos una primacía sí a la educación de la fe, pero acaso, acaba siendo

⁷ EN 14.

⁸ Cf. NMI 16.

una primacía más intencional o retórica que real. Pues el servicio de la fe supone, lo primero, anunciar a Jesucristo y, como fruto suscitar la respuesta personal de la conversión. También implica otorgar la primacía a la acción de la gracia de Dios, a la vida interior y a la santidad. Igualmente el servicio de la fe significa atender y cuidar la fundamentación y la maduración de la fe, y el aprendizaje de la comunión eclesial. Cabe preguntarse ¿constituye de verdad un servicio de la fe así el centro de nuestro interés catequético? ¿Por qué se nos hace tan difícil dar asiento y fundamento duradero a la fe de nuestros bautizados? ¿Por qué no acabamos de tener en nuestras comunidades, de modo ordinario, catequistas que sean ante todo testigos de la fe? ¿Por qué nos cuesta tanto aprender a “hacer” hoy nuevos cristianos, como se dice coloquialmente?

La Iniciación Cristiana, decimos, hace al cristiano y edifica la Iglesia. ¿Por qué, entonces, encuentra tantas resistencias la implantación de una más vigorosa y renovada pastoral de la iniciación cristiana, si se trata de una pieza clave de todo proyecto evangelizador?

Será la fe, por encima de cualquier otra realidad, la que impulse hoy a ser testigos de la gloria de Dios, realizada por Jesucristo, nuestro Salvador. Será la fe la que nos impulse, en definitiva, a evangelizar. El Papa nos recuerda: “En este momento de la vida de la Iglesia tenemos un valioso instrumento de evangelización, un tesoro inestimable para la fe y al servicio de la unidad”⁹.

⁹ *Discurso del Papa a los Obispos españoles* (Madrid 15 de Junio de 1993).